

**W. SOMERSET
MAUGHAM**

**Ashenden
o el agente
secreto**



Basado en las experiencias de Somerset Maugham como agente secreto del espionaje británico en Europa durante la Primera Guerra Mundial.

«Ashenden o el agente secreto» se compone de una serie de relatos encadenados que reflejan a la perfección la rudeza y brutalidad del espionaje, sus intrigas y traiciones y, sobre todo, el absurdo de su existencia. El tono y la estructura de esta novela, concebida como un mosaico, ha sido un modelo para los escritores que, como Raymond Chandler o Dashiell Hammet, desarrollaron el género con posterioridad.

PREFACIO

Este libro se basa en mis experiencias en el Servicio de Inteligencia durante la guerra, adaptadas a los propósitos de una novela. Los hechos son narradores pobres. Empiezan la historia por azar, generalmente mucho antes del principio, divagan inconsecuentes y decaen, dejando posibles finales colgados y sin conclusión. Trabajan en una situación interesante y la dejan en el aire para seguir otra que no tiene nada que ver. No saben qué es el clímax y rechazan los efectos dramáticos por irrelevantes. Hay una escuela de novelistas que consideran esto como el modelo adecuado para una novela. Si la vida, dicen, es arbitraria e inconexa, por qué no ha de serlo la ficción. La ficción debe imitar a la vida. En la vida real, las cosas suceden sin orden, y así es como deberían aparecer en una historia. No conducen a un clímax, que es un ultraje a la probabilidad, simplemente continúan. Nada ofende más a esta gente que la sorpresa o el giro inesperado que algunos escritores buscan para enganchar al lector, y cuando las circunstancias que relatan parecen conducir a un final de efecto dramático, hacen todo lo que está en sus manos para evitarlo. No te dan una historia, te dan el material para que tú inventes una. Algunas veces consiste en un incidente, debes pensar, presentado al azar y del que estás invitado a adivinar el significado. Algunas veces te dan un personaje y lo dejan como está. Te ofrecen los ingredientes de un plato y esperan que tú lo cocines. Esta es una manera como otra cualquiera de escribir historias, y algunas muy buenas han sido escritas de este

modo. Chéjov lo usó con maestría. Se adapta mejor a los relatos cortos que a los largos. La descripción de un carácter, de lo que le rodea o de la atmósfera, pueden mantener tu atención durante una docena de páginas, pero cuando esta alcanza las cincuenta, necesita un esqueleto para sostenerse. El esqueleto de una historia es, por supuesto, su argumento. Y tiene ciertas características que no se deben omitir: tiene principio, nudo y desenlace. Es completo en sí mismo. Comienza con una serie de circunstancias que tienen consecuencias, pero sobre las que se ignoran las causas, y estas consecuencias son, a su vez, la causa de otras circunstancias. Y así hasta que se llega a un punto en que el lector está convencido de que no hay ninguna causa de futuras consecuencias que haya de ser tenida en cuenta. Esto significa que una historia debe comenzar en un punto y terminar en otro. No debería vagar a lo largo de una línea incierta, pero sí seguir, desde la exposición al clímax, una definida y vigorosa curva. Si quieres representarlo como un diagrama puedes dibujar un semicírculo. Es bueno tener un elemento sorpresa; este golpe de efecto, este giro inesperado, que los imitadores de Chéjov desprecian, solo es malo cuando está mal hecho. Cuando es parte integral de la historia y su resultado es lógico, resulta excelente. No hay nada malo en un clímax, es una demanda natural del lector. Solo es malo cuando no se deduce naturalmente de las circunstancias planteadas con anterioridad. Es simple afectación eludirlo porque en la vida real, como norma general, las cosas decaen inútilmente.

Así pues, no hace falta considerar como axiomática la afirmación de que la ficción debe imitar a la vida. Es solamente una teoría literaria como otra cualquiera. De hecho, existe una segunda teoría, tan plausible como la primera, que afirma que la ficción debería utilizar la vida solo como material de referencia para crear modelos ingeniosos. Ténéis una buena analogía en la pintura. Los pintores de paisaje del siglo XVII no estaban interesados en la representa-

ción directa de la naturaleza, que para ellos no era más que una excusa para una composición formal. Componían la escena de forma arquitectónica, compensando, por ejemplo, la masa de un árbol con la de una nube, y usaban la luz y la sombra para conseguir un dibujo definido. Su intención no era retratar la naturaleza sino crear una obra de arte. Era una composición deliberada: se daban por satisfechos si, con sus adaptaciones de la naturaleza, conseguían no ultrajar el sentido de la realidad del espectador. Fue cosa de los impresionistas pintar solo lo que veían, intentar capturar la naturaleza en su belleza fugaz. Estaban contentos de interpretar el brillo de la luz solar, el color de las sombras o la transparencia del aire. Aspiraban a la verdad. Pretendían que el pintor no fuera más que un ojo y una mano. Despreciaban la inteligencia. Es extraño lo vacías que parecen sus pinturas si las colocas junto a las majestuosas obras de Claude. Su método es el de aquel maestro del relato corto, Guy de Maupassant. Es muy bueno y estoy seguro de que sobrevivirá al impresionista. Todavía es un poco difícil preocuparse por cómo era la clase media hace cincuenta años, y la anécdota en las historias de Chéjov no es lo suficientemente absorbente (como lo son la historia de Paolo y Francesca o Macbeth) para mantener tu atención, aparte de tu interés por los personajes. El método por el que me rijo es aquel que elige de la vida lo que es curioso, revelador y dramático. No busca una copia de la vida, pero se mantiene lo bastante cerca para no parecer increíble; olvida esto y cambia aquello, compone una decoración formal con la clase de hechos que lo considera conveniente y presenta un cuadro, resultado del artificio, que, porque contiene la personalidad del autor, es, en cierto modo, un autorretrato dibujado para entusiasmar, interesar y absorber al lector. Si es un éxito, él lo acepta como verdadero.

He escrito todo esto para transmitir al lector que este es un libro de ficción, aunque en él no haya contado mucho más que en otros libros que sobre este mismo tema han

aparecido en los últimos años y que pretenden ser memorias. El trabajo de un agente del servicio de inteligencia es, en general, muy monótono, y en gran parte, inútil. El material que ofrece es fragmentario e impreciso. El autor tiene que hacerlo coherente, dramático y posible.

En 1917 estuve en Rusia. Fui enviado para prevenir la revolución bolchevique y para mantener a Rusia en la guerra. El lector sabrá que mis esfuerzos no tuvieron ningún éxito. Fui de Petrogrado a Vladivostok. Un día, en la travesía por Siberia, el tren se detuvo en una estación y los pasajeros, como siempre, salieron a coger agua para el té, a comprar algo de comida o a estirar las piernas. Un soldado ciego estaba sentado en un banco. Unos cuantos soldados se sentaron a su lado y otros se colocaron detrás, unos veinte o treinta. Sus uniformes estaban arrugados y manchados. El soldado ciego, un tipo grande y vigoroso, era bastante joven. En sus mejillas asomaba una barba suave y rubia que nunca había sido afeitada. Le calculé unos dieciocho años. Su cara era ancha, de facciones planas y grandes, y sobre su frente tenía una gran cicatriz de la herida que le había causado la ceguera. Sus ojos cerrados le daban un extraño aire ausente. Comenzó a cantar. Su voz era fuerte y dulce. Se acompañaba de un acordeón. No podía entender sus palabras, pero en toda la canción, salvaje y melancólica, parecía escucharse el llanto de los oprimidos: sentí la soledad de las estepas y los bosques interminables, la corriente de los anchos ríos rusos y todo el duro trabajo del campo, el arado de la tierra y la cosecha del maíz, el suspiro del viento entre los abedules, los largos meses de oscuro invierno; y después, las danzas de las mujeres en los pueblos y el baño de los jóvenes en angostos torrentes durante los atardeceres del verano. Sentí el horror de la guerra, las amargas noches en las trincheras, las largas marchas por las carreteras embarradas, el campo de batalla, con su terror, su angustia y su muerte. Era espantoso y profundamente conmovedor. Una gorra yacía a los pies del cantante y los

pasajeros la llenaban de dinero. La misma emoción les había sacudido a todos, de compasión ilimitada y vago horror, porque había algo terrorífico en aquel rostro ciego y marcado. Sentías como si fuera un ser aparte, iluminado por la alegría de su mundo encantado. No parecía humano. Los soldados permanecían de pie, silenciosos y hostiles. Su actitud parecía reclamar como un derecho las almas del rebaño viajero. Había en ellos una rabia desdeñosa, y en nosotros, una inconmensurable piedad, pero ni el más leve sentimiento de que no había más que una manera de compensar la pena de aquel hombre indefenso.

WILLIAM SOMERSET MAUGHAM,

1928

I

R.

Al escritor Ashenden no le fue posible hasta final de septiembre arreglar su regreso a Inglaterra desde el extranjero, donde le sorprendió el estallido de la Primera Guerra Mundial. Quiso la suerte que poco después de su llegada le fuera presentado, en una reunión a la que asistía, un coronel, de edad madura, cuyo nombre no le fue posible retener. Sostuvo con él una corta conversación, y al irse a despedir le abordó el militar y le dijo:

—Me agradecería mucho que viniese a verme, pues quisiera hablar con usted.

—Con mucho gusto —contestó Ashenden—. ¿Cuándo le parece mejor?

—¿Mañana a las once?

—Muy bien.

—Le anotaré mi dirección. ¿Tiene una tarjeta o un trozo de papel?

Ashenden llevaba consigo una tarjeta, y en ella escribió el coronel el nombre de una calle y el número de una casa. Cuando a la mañana siguiente se dirigía Ashenden a la cita, se encontró en una calle de vulgares casas de ladrillo rojo, en una parte de Londres que, si en otros tiempos fue distinguida, actualmente ya no era tan valorada por quienes buscaban una vivienda elegante. En la casa que se le había señalado a Ashenden colgaba una tablilla indicando que el edificio estaba en venta; los balcones estaban cerrados y no había ninguna señal exterior de que alguien viviera en

ella. Tocó el timbre y un sargento abrió la puerta inmediatamente. No le preguntó a qué iba y le condujo a una amplia habitación, en la parte interior de la casa, que en tiempos debía de ser el comedor y cuya decoración de florido papel contrastaba grandemente con los muebles de despacho, usados y escasos, que ocupaban actualmente el cuarto. La primera impresión de Ashenden fue que se habían aprovechado unos muebles de ocasión. El coronel, que, según supo más tarde, era conocido en el Servicio de Información como R., se levantó al entrar el escritor y le estrechó la mano. Se trataba de un hombre que ya no era joven, delgado, con un rostro amarillento de líneas muy marcadas, pelo cano y bigote en forma de cepillo. El rasgo sobresaliente de su fisonomía, el cual se podía ver a primera vista, eran sus ojos, cerrados hasta no dejar escapar más que un destello; duros y crueles, astutos y cautelosos; la mirada que llegaba al interlocutor era sutil y marrullera. Parecía hombre en el que no se podía confiar de buenas a primeras; no daba una impresión agradable. Sus maneras, no obstante, eran cordiales y atentas.

Preguntó a Ashenden sobre gran número de temas y, bruscamente, sin transiciones, le sugirió entrar en el Servicio Secreto, para el que, añadió, le reconocía excepcionales aptitudes. En efecto, Ashenden estaba familiarizado con varios idiomas europeos y su profesión constituía una excelente excusa; con el pretexto de que estaba escribiendo un libro, podía visitar cualquier país neutral sin despertar sospechas. Cuando estaba tratando sobre este particular, dijo R.:

—Incluso puede usted obtener material que le sería muy útil para su trabajo.

—No había pensado en ello —contestó Ashenden.

—Voy a contarle un hecho acaecido hace pocos días y de cuya veracidad respondo. Creo que con el tiempo podría hacerse con él una buena novela. Uno de los ministros franceses fue a Niza, para reponerse de un resfriado, llevan-

do en su cartera algunos documentos muy importantes. Desde luego, los papeles eran de un interés excepcional. Pues bien, uno o dos días después de su llegada conoció a una dama rubia en un restaurante o cualquier otro sitio donde se bailara, y se hicieron amigos. Para abreviar: la llevó consigo a su hotel (lo que, como usted comprenderá, es una imprudencia manifiesta) y, cuando volvió en sí a la mañana siguiente, la dama y la cartera habían desaparecido. Habían tomado una o dos copas en su cuarto y está seguro de que, aprovechando algún momento en que volvió la espalda, la mujer echó un narcótico en su vaso.

R. terminó su relato y miró a Ashenden, dejando escapar un relámpago por la ranura de sus ojos medio cerrados.

—Es novelesco, ¿no le parece? —preguntó.

—¿Y me dice usted que eso ha ocurrido hace poco tiempo?

—Hace un par de semanas.

—Parece imposible —repuso Ashenden—. Es un argumento puesto en escena desde hace más de sesenta años y sobre el que se ha escrito más de un centenar de novelas. ¿Quiere decirme que la vida nos copia?

R. pareció quedar desconcertado unos momentos.

—Bien, si es preciso, puedo darle nombres y fechas; y créame, este suceso ha ocasionado a los aliados un sinnúmero de molestias por la pérdida de los documentos contenidos en la cartera.

—Pues, desde luego, si no me puede ofrecer nada mejor en el Servicio Secreto, creo que como fuente de inspiración para un novelista es un completo fracaso. No se puede insistir más sobre un tema tan repetido.

No tardaron mucho tiempo en arreglar sus diferencias, y cuando Ashenden se levantó, había tomado cuidadosa nota de sus instrucciones. Salía para Ginebra al día siguiente. Las últimas palabras que le dijo R., con una calma que las hacía impresionantes, fueron:

—Hay una cosa que debe tener en cuenta antes de empezar su trabajo. Si lo hace usted bien, nadie le dará las gracias; y si necesita usted ayuda, nadie se la proporcionará. ¿Está de acuerdo?

—Completamente.

—Entonces, buenas tardes y mucha suerte.

II

UNA VISITA A DOMICILIO

Volvía Ashenden a Ginebra; la noche era tempestuosa y el viento soplaba helado desde las montañas mientras el pequeño y pesado barco avanzaba con trabajo sobre las agitadas aguas del lago. Una lluvia fina, que por momentos se iba transformando en aguanieve, barría la cubierta con irritadas ráfagas, como esas mujeres pesadas que no pueden dejar sola un momento a una persona. Ashenden regresaba de Francia, desde donde había escrito y enviado un informe. Uno o dos días antes, uno de sus agentes indios fue a verle a su habitación del hotel; casualmente se hallaba en ella, pues no le había citado y las instrucciones del agente eran las de acudir al hotel solamente en casos de extrema urgencia e importancia. Puso a Ashenden al corriente de que un bengalí al servicio de Alemania había llegado recientemente de Berlín con una maleta negra, de mimbre, en la que se hallaban documentos que eran importantes para el gobierno británico. En aquella época, las potencias centrales llevaban a cabo grandes esfuerzos para fomentar revueltas en la India que no solamente impidieron a Gran Bretaña sacar tropas del país, sino que incluso hicieron preciso enviar más desde Francia. Se había podido conseguir que el bengalí fuera arrestado en Berna con una acusación que le mantendría a salvo por una temporada, pero no se había encontrado la maleta de mimbre negra. El agente de Ashenden, que era atrevido e inteligente y mantenía abierto el contacto con sus compatriotas no afectos a la causa

británica, acababa de descubrir que el bengalí, antes de ir a Berna, había dejado la maleta, para mayor seguridad, en la consigna de Zurich, y ahora que estaba en la cárcel, le era imposible dar el aviso a alguno de sus cómplices para que la retirara. Era asunto de la mayor importancia para el Servicio Alemán de Espionaje asegurar sin demora el contenido de la maleta y, ya que parecía imposible hacerlo por medios ordinarios, había decidido penetrar en la estación por la noche y robarla. Era un plan arriesgado e ingenioso, y para Ashenden constituía, en medio de la monotonía de su trabajo, una distracción. Reconoció en el golpe proyectado el sello personal, certero y falto de escrúpulos del jefe del Servicio Secreto alemán en Berna. El robo estaba proyectado para las dos de la madrugada, y por tanto no había tiempo que perder. No le era posible telegrafiar ni telefonar al cónsul inglés en Berna y, como el agente indio no podía hacerlo (pues, con irle a ver al hotel se jugaba la vida, y nada de particular tendría que, de ser visto al salir de su habitación, se le encontrara un día u otro flotando en el lago con un cuchillo clavado en la espalda), no quedaba más solución que la de ir él en persona.

Había aún un tren para Berna que le era posible tomar por lo que se puso a toda prisa el sombrero y el abrigo, corrió escaleras abajo, pudo coger un coche de alquiler y cuatro horas más tarde tocaba el timbre de las oficinas del Servicio de Inteligencia, en Berna. Su nombre solo era conocido allí por una persona, y por ella fue por quien preguntó Ashenden. Apareció un hombre alto, de aspecto fatigado, a quien nunca había visto, y, sin decir palabra, le llevó a su despacho.

Ashenden se lo relató todo con detalle. Su interlocutor consultó el reloj.

—Es demasiado tarde para que nosotros hagamos algo. No podríamos llegar a Zurich a tiempo —reflexionó—. Les confiaremos el trabajo a las autoridades suizas. Ellas pueden telefonar, y cuando sus amigos vayan a llevar a cabo

su hazaña, hallarán la estación bien vigilada. Así pues, lo mejor que puede usted hacer es regresar a Ginebra.

Estrechó la mano de Ashenden y le acompañó hasta la puerta. Ashenden se sintió algo defraudado, pues le hubiera gustado saber qué ocurriría después; él solo era una pequeña ruedecilla dentro de una vasta y complicada maquinaria, y nunca tenía la oportunidad de ver la acción al completo. A veces llevaba a cabo el principio; a veces, el final; otras algún intermedio, pero rara vez le era permitido saber a qué conducían sus gestiones. Era tan poco satisfactorio como estas novelas modernas que exponen una serie de episodios sin ilación y que dejan al lector el trabajo de colocarlos por orden para así construir una narración coherente.

A pesar del abrigo con forro de piel y sus gruesos guantes, Ashenden sentía frío hasta la médula. El bar estaba caliente y había buena luz para poder leer, pero pensó que sería mejor no estar allí, porque cualquier viajero que le reconociera podría preguntarse por qué hacía constantemente viajes entre Ginebra, en Suiza, y Thonon, en Francia, y así, buscando el sitio más resguardado, pasó en cubierta el fastidioso tiempo de espera. Miró hacia Ginebra, pero no le fue posible ver luces, y la lluvia, transformándose en nieve, le impedía reconocer puntos de referencia. El lago Lemán, que con buen tiempo es tan encantador y manso que parece un gran estanque en un jardín francés, en tiempo tempestuoso es tan misterioso y amenazador como el océano. El consuelo que tenía era la perspectiva de obtener al llegar al hotel un buen baño caliente y una confortable cena en su cuarto, junto a la chimenea, y en pijama y bata. La idea de dedicarse a sí mismo una velada, con su pipa y un buen libro, era tan agradable que valía la pena afrontar la travesía del lago. Le sacaron de sus reflexiones las pisadas de dos marineros que avanzaban con las cabezas agachadas para resguardar la cara de la helada ventisca; uno de ellos le dijo: «*Nous arrivons*»; se echaron un poco a un lado

y abrieron la barrera que permitía acceder a la pasarela. Entonces distinguió a través de la oscuridad cerrada las luces del muelle. Una vista acogedora. A los dos o tres minutos el vapor fue moderando su marcha y Ashenden se unió al grupo de pasajeros, tapados hasta los ojos, que aguardaban para salir. Aunque este viaje lo llevaba a cabo frecuentemente (era obligación suya cruzar el lago en dirección a Francia una vez a la semana para entregar sus informes y recibir instrucciones), siempre sentía un vago temor cuando se mezclaba entre la gente que esperaba desembarcar. Nada en su pasaporte indicaba que había estado en Francia; el vapor daba la vuelta al lago tocando suelo francés en dos puntos, pero iba de territorio suizo a territorio suizo, así que su viaje podía haber sido a Vevey o a Lausana. Mas nunca se podía estar seguro de que la policía secreta no lo hubiera notado y le hubieran seguido, y si le habían visto desembarcar en Francia, no era fácil explicar por qué no había ningún sello en su pasaporte. Naturalmente, ya tenía la respuesta preparada, pero de sobra sabía que no era satisfactoria, y aunque a las autoridades suizas les fuera imposible probar nada contra él, debería permanecer al menos dos o tres días en prisión, lo que no dejaba de ser molesto, y finalmente ser conducido a la frontera, lo que era bastante mortificante. Los suizos sabían que su país era escenario de toda clase de intrigas: agentes de servicios secretos, espías, revolucionarios y agitadores infestaban los hoteles de las principales ciudades, y ellos, celosos de su neutralidad, estaban decididos a evitar comportamientos que pudieran provocar conflictos con los beligerantes.

Como siempre, había dos policías en el muelle controlando el desembarco, y Ashenden pasó entre ellos con el aire más inocente que pudo adoptar, sintiéndose aliviado cuando vio que no pasaba nada. La oscuridad le envolvía y marchó rápidamente hacia el hotel. El mal tiempo, con un gesto de desprecio, había eliminado toda pulcritud del paseo, siempre tan arreglado. Las tiendas estaban cerradas y